

V OY a hablar, otra vez, de la estabilización.

ESTABILIZACION A CUENTO

Quiero buscar en la anécdota, o el cuento grácil, el efecto impresionista que mueve mi propósito. De este modo se hará más amena la charla y quedará un sabor picante durante más largo tiempo.

Empecemos por el cuento del gordo y el flaco. En este caso el sector público, con su gran panza burocrática, y el sector privado, con su magro rostro de empresas constantemente racionadas. Papá Estado quiere ser justo —muy justo—. Ha de repartir bien el aceite que tiene en su alcuza. Para que nadie le diga que peca de parcial a favor de su hijo predilecto —la Administración Pública— pesa conienzudamente a los dos sectores con unas buenas balanzas y les da a cada uno rigurosamente en proporción a su peso. No puede obrar, a su juicio, de un modo más equitativo. Ahora bien, el gordo sigue metiendo exceso de grasa en su viciado metabolismo mientras el flaco no cubre, ni remotamente, las más mínimas exigencias dietéticas. ¿Es esto saludable?

¿Es aconsejable la estabilización por etapas, con sucesivo cercenamiento de nuestro enflaquecido mundo empresarial? En principio parece bien que se eviten los golpes más fuertes: en un primer paso, de un modo general, que el aumento de los precios sólo tenga veintitantos enteros. Luego, procurar que en lugar del «dos» se ponga un «uno» por delante. Y, por último, lograr —Dios lo quiere— que solamente exista un número de una sola cifra, a ser posible por debajo del seis o del siete. Pero este programa de prudencia, propio de un proceso económico de desenvolvimiento continuado, puede no casar bien con el efecto político de estas medidas en el mundo empresarial. No se consigue la misma reacción al zaharir repetidas veces a las fuerzas sociales y económicas —sindicatos y grupos empresariales— con sucesivos cortes restrictivos.

En cierta ocasión el conocido economista francés Jacques Rueff pronunció una conferencia en el Banco de España y dijo, a este respecto, que «la cola del gato no se puede cortar en rodajas». La primera vez es posible que el felino lo aguante. La segunda ya estará más soliviantado. Y la tercera se mostrará tan enfurecido que difícilmente habrá político que se acerque. ¿Se animarán, con esta perspectiva, los planes empresariales?

Alguien podrá decir que un buen comienzo propicia favorablemente la continuación del mismo método. No deja de haber en esta creencia una parte de razón; pero sólo aparente. Quiero traer a colación otra semblanza parabólica: lo que ocurre con la desalinización del agua del mar. Esta es, a mi juicio, la advertencia más interesante.

Según dicen los técnicos en la materia, al principio resulta fácil y barato reducir

unos cuantos grados de salinidad. Basta con emplear procedimientos elementales, algo así como poner unos filtros químicos que retengan las mayores impurezas. Por ejemplo, reducir gruesos gastos presupuestarios, suprimir inversiones casi suntuarias, hacer prácticamente imposibles algunas importaciones, recortar créditos notoriamente excesivos, etc. Esto es sencillo y, además, eficaz en grado sumo. La experiencia lo tiene bien garantizado. Nada más aplicar estos «filtros» la inflación puede bajar, en seguida, unos cuantos enteros.

Pero cuando desaparecen los altos grados de salinización, la dificultad aumenta, el problema cambia de signo. Ya no basta con poner un sistema de filtraje público, pues no se quedan todas las impurezas. Hay que montar un sistema de filtraje privado, purificando el agua por decantación en unos magníficos serpentines. Se hace preciso lograr una mayor productividad dentro de la empresa hasta conseguir limpiarla de todos los grados de contaminación que deja el paro encubierto. Esta es la verdadera purificación. No hay más remedio que hacerla si se quiere tener una economía potable. Naturalmente, hay que gastar más energía política. Resulta, sin duda, bastante más caro. Pero si éste va a ser el resultado definitivo, ¿por qué no se empieza por ahí?

Abrigo también el temor de que no se supriman de raíz todas las causas de la inflación. Todas. Si no se hace ocurriría lo de aquella canción mejicana: «El día en que la mataron, / Rosita estaba de suerte. / De diez tiros que la dieron, / tan sólo uno era de muerte.» Con el consenso político prestado por los prohombres de los distintos partidos se habrá conseguido, sin duda, evitar un debate divisorio —democráticamente desestabilizador— dentro de las Cortes; abortar unas campañas de Prensa bien atizadas por la oposición e incluso acallar las esperadas voces de protesta de algunas centrales sindicales sistemáticamente agresivas. Esto es ciertamente importante. Todos estos «tiros» podían haber sido mortales y ya no lo se-

rán. Pero si se deja viva la posibilidad de desencadenar unas huelgas reviradas,

de esas que se escapan al control —o pseudocontrol— político, bastará entonces con un disparo certero para que no se alcancen los propósitos del Gobierno ni se logre quitar el susto a los empresarios, que son, en definitiva, los que han de dar el último consenso. Este va a ser el quinto cuento: el conocido dilate de los cazadores de patos.

Varios cazadores propusieron a unos muchachos que estaban junto a un estanque disparar un tiro a una bandada de patos a cambio de entregarles cien pesetas. Estos últimos aceptaron complacidos y recibieron inmediatamente el billete. Antes de disparar comentó el más calificado de los cazadores: «Espero cobrar muchas piezas de un solo disparo. Voy a hacer, sin duda, un buen negocio...» «Mejor lo haré yo —le contestó su interlocutor—: los patos no son míos.» Dejo a cada cual la matización del comentario.

Parece que no debe terminarse este artículo sin apuntar, al menos, a modo de acertijos, las soluciones congruentes con los cuentos. Soy partidario de tratar de modo distinto al gordo —sector público— y al flaco —sistema empresarial privado—. No pueden alimentarse en proporción a su peso. El primero necesita una cura de adelgazamiento; el otro de engorde.

No creo, sinceramente, que se deba cortar la cola del gato a rodajas ni tampoco de un golpe. Esta inflación no es como las de antes. Al gato no le duele sólo la cola. Tiene cáncer. Hay que meter al paciente en un quirófano, abrirle de arriba abajo para descubrirle sus entrañas: quitar todas las adherencias que existan —principalmente las políticas—; cortar por lo sano, y, desde luego, hacer esta intervención con una buena anestesia —concretamente, una gran operación comunitaria de lucha contra el paro.

La desalinización del agua mediante un buen proceso purificador —nueva productividad ante todo— necesita, a mi entender, un concierto de seguridad con el Gobierno que garantice un mínimo de condiciones básicas a los planes empresariales...

Hará que evitar también el disparo certero de la huelga. Establecer el arbitraje en caso de conflicto. Es insensato permitir los tiros fatales. ¿Para qué sirve, en este caso, el consenso de los partidos comunistas y socialistas?

Respecto a la anécdota de los patos parece obligado llamar a los dueños —empresarios y trabajadores— para que digan si de verdad consienten que se les dispare por cierto precio político. ¿No es ésta, en todo caso, la Democracia de participación social?

Mariano NAVARRO RUBIO